

Lectura orante de la Sagrada Escritura y «lectio divina»

Quisiera presentar de forma esquemática lo que la exhortación postsinodal sobre la Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia, Verbum Domini, dice sobre la lectura orante de la Escritura y el método de la Lectio Divina (números 86-87).

- **Exigencia de un acercamiento orante al texto de la Escritura:**

*“El Sínodo ha vuelto a insistir más de una vez
en la exigencia de un acercamiento orante al texto sagrado
como factor fundamental de la vida espiritual de todo creyente,
en los diferentes ministerios y estados de vida,
con particular referencia a la lectio divina.*

- **La Palabra de Dios está a la base de toda espiritualidad auténticamente cristiana:**

*En efecto,
la Palabra de Dios está en la base de toda espiritualidad auténticamente cristiana.
Con ello, los Padres sinodales han seguido la línea de lo que afirma la Constitución
dogmática Dei Verbum:*

*«Todos los fieles... acudan de buena gana al texto mismo:
en la liturgia, tan llena del lenguaje de Dios;
en la lectura espiritual,
o bien en otras instituciones u otros medios,
que para dicho fin se organizan hoy por todas partes con aprobación
o por iniciativa de los Pastores de la Iglesia.
Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración».*

- **Acercarse a la Escritura en actitud de diálogo orante con Dios:**

La reflexión conciliar pretendía retomar la gran tradición patristica,
que ha recomendado siempre acercarse a la Escritura en el diálogo con Dios.

Como dice san Agustín:

*«Tu oración es un coloquio con Dios.
Cuando lees, Dios te habla;
cuando oras, hablas tú a Dios».*

Orígenes, uno de los maestros en este modo de leer la Biblia,
sostiene que entender las Escrituras requiere, más incluso que el estudio, la
intimidad con Cristo y la oración.

En efecto,

*está convencido de que la vía privilegiada para conocer a Dios es el
amor,*

y que no se da una auténtica scientia Christi sin enamorarse de Él.

En la *Carta a Gregorio*, el gran teólogo alejandrino recomienda:

*«Dedícate a la lectio de las divinas Escrituras;
aplícate a esto con perseverancia.*

Esfuérzate en la lectio con la intención de creer y de agradar a Dios.

Si durante la *lectio* te encuentras ante una puerta cerrada, llama y te abrirá el guardián, del que Jesús ha dicho: “El guardián se la abrirá”.
Aplicándote así a la *lectio divina*,
busca con lealtad y confianza inquebrantable en Dios el sentido de las divinas Escrituras, que se encierra en ellas con abundancia.
Pero no has de contentarte con llamar y buscar.
Para comprender las cosas de Dios te es absolutamente necesaria la *oratio*.

Precisamente para exhortarnos a ella, el Salvador no solamente nos ha dicho: “Buscad y hallaréis”, “llamad y se os abrirá”, sino que ha añadido: “Pedid y recibiréis” ».

- **Evitar el riesgo de un acercamiento individualista a la Escritura:**

A este propósito, no obstante,
se ha de *evitar el riesgo de un acercamiento individualista*,
teniendo presente que la Palabra de Dios se nos da precisamente
para construir comunión,
para unirnos en la Verdad en nuestro camino hacia Dios.
Es una Palabra
que se dirige personalmente a cada uno,
pero también es una Palabra que construye comunidad,
que construye la Iglesia.

- **Acercarnos al texto en la comunión de la Iglesia (testigos, santos, Magisterio):**

Por tanto, hemos de *acercarnos al texto sagrado en la comunión eclesial*.
En efecto, «es muy importante la lectura comunitaria,
porque el sujeto vivo de la Sagrada Escritura es el Pueblo de Dios, es la Iglesia...
La Escritura no pertenece al pasado, dado que su sujeto, el Pueblo de Dios
inspirado por Dios mismo, es siempre el mismo.
Así pues, se trata siempre de una Palabra viva en el sujeto vivo.
Por eso, es importante leer la Sagrada Escritura y escuchar la Sagrada
Escritura en la comunión de la Iglesia,
es decir, con todos los grandes testigos de esta Palabra,
desde los primeros Padres hasta los santos de hoy,
hasta el Magisterio de hoy».

- **Lugar privilegiado de la Escritura es la Liturgia, en especial la Eucaristía:**

Por eso, en la lectura orante de la Sagrada Escritura,
el lugar privilegiado es la Liturgia,
especialmente *la Eucaristía*,
en la cual, celebrando el Cuerpo y la Sangre de Cristo en el Sacramento, se
actualiza en nosotros la Palabra misma.
En cierto sentido,

la lectura orante, personal y comunitaria,
se ha de vivir siempre en relación a la celebración eucarística.
Así como la adoración eucarística
prepara, acompaña y prolonga la liturgia eucarística,
así también la lectura orante personal y comunitaria
prepara, acompaña y profundiza lo que la Iglesia celebra con la
proclamación de la Palabra en el ámbito litúrgico.
Al poner tan estrechamente en relación *lectio* y liturgia,
se pueden entender mejor los criterios que han de orientar esta lectura
en el contexto de la pastoral
y la vida espiritual del Pueblo de Dios.

- **La Lectio Divina como método para el encuentro con Cristo Palabra:**

En los documentos que han preparado y acompañado el Sínodo,
se ha hablado de muchos métodos para acercarse a las Sagradas Escrituras con
fruto y en la fe.

Sin embargo, se ha prestado una mayor atención a la *lectio divina*,
que es verdaderamente «capaz de abrir al fiel no sólo el tesoro de la Palabra de
Dios
sino también de crear el encuentro con Cristo, Palabra divina y viviente ».

- **Los pasos fundamentales de la Lectio Divina:**

Quisiera recordar aquí brevemente cuáles son los pasos fundamentales:

Primero -la Lectura- : se comienza con la lectura (*lectio*) del texto,
que suscita la cuestión sobre el conocimiento de su contenido auténtico:

¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo?

Sin este momento,

se corre el riesgo de que el texto se convierta sólo en un pretexto para no
salir nunca de nuestros pensamientos.

Segundo -la meditación-: Sigue después la meditación (*meditatio*) en la que la cuestión es:

¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros?

Aquí, cada uno personalmente, pero también comunitariamente,

debe dejarse interpelar y examinar,

pues no se trata ya de considerar palabras pronunciadas en el
pasado,

sino en el presente.

Tercero -oración-: Se llega sucesivamente al momento de la oración (*oratio*), que supone la
pregunta:

¿Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra?

La oración como petición, intercesión, agradecimiento y alabanza,

es el primer modo con el que la Palabra nos cambia.

Cuarto -contemplación-: Por último, la *lectio divina* concluye con la contemplación (*contemplatio*),

durante la cual aceptamos como don de Dios su propia mirada al juzgar la realidad, y nos preguntamos:

¿*Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?*

San Pablo, en la *Carta a los Romanos*, dice:

«No os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto» (12,2).

En efecto, la contemplación tiende a crear en nosotros una visión sapiencial, según Dios, de la realidad y a formar en nosotros «la mente de Cristo» (1 Co 2,16).

La Palabra de Dios se presenta aquí como criterio de discernimiento, «es viva y eficaz, más tajante que la espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos e intenciones del corazón» (Hb 4,12).

La acción: Conviene recordar, además,

que la *lectio divina* no termina su proceso hasta que no se llega a la acción (*actio*), que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás por la caridad.

Encontramos sintetizadas y resumidas estas fases de manera sublime en la figura de la Madre de Dios.

Modelo para todos los fieles de acogida dócil de la divina Palabra, Ella «conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19; cf. 2,51).

Sabía encontrar el lazo profundo que une en el gran designio de Dios acontecimientos, acciones y detalles aparentemente desunidos.

- **Lectura personal de la Escritura y obtención de indulgencias:**

Quisiera mencionar también lo recomendado durante el Sínodo

sobre la importancia de la lectura personal de la Escritura

como práctica que contempla la posibilidad, según las disposiciones habituales de la Iglesia, de obtener indulgencias, tanto para sí como para los difuntos.

La práctica de la indulgencia implica la doctrina de los méritos infinitos de Cristo,

que la Iglesia como ministra de la redención dispensa y aplica,

pero implica también la doctrina de la comunión de los santos,

y nos dice «lo íntimamente unidos que estamos en Cristo unos con otros y lo mucho que la vida sobrenatural de uno puede ayudar a los demás».

En esta perspectiva,

la lectura de la Palabra de Dios nos ayuda en el camino de penitencia y conversión,

nos permite profundizar en el sentido de la pertenencia eclesial

y nos sustenta en una familiaridad más grande con Dios.

Como dice San Ambrosio,

cuando tomamos con fe las Sagradas Escrituras en nuestras manos,

y las leemos con la Iglesia,

el hombre vuelve a pasear con Dios en el paraíso.